

Los días de 'Fedora'. Billy Wilder, en la isla de Lefkas. PETER BISCHOFF

La tristeza de Billy Wilder

Novela. Jonathan Coe descubre en 'El señor Wilder y yo' el fondo de melancolía en la obra del cineasta más ingenioso del siglo XX

EN LAS PÁGINAS DE *El señor Wilder y yo*, de Jonathan Coe, aparecen Al Pacino, Scorsese, Spielberg, Mel Brooks y los Monty Python, Fassbinder (todos vistos con ironía), Lubitsch, Henry Fonda (los dos, muy alabados), además de Billy Wilder, que da nombre y sustancia a la novela.

Aparecen escenarios rutilantes de Los Angeles, Corfú y París y todo tiene un color achampanado, como de Hollywood clásico. Sin embargo, *El señor Wilder y yo* (editado por Anagrama) no es un libro sobre cine y mitomanías. Es más bien, un libro sobre las paradojas del alma, sobre los pasadizos que unen la alegría y la pena.

Porque, al descubrir al Billy Wilder de Coe, se entiende que no hay una sola broma que merezca la pena y que no incluya una parte de tristeza. «Creo que esa es la idea central del libro», dice Coe. «Hay una broma de Wilder que leí una vez, una broma muy negra y conmovedora. Estaba en Múnich porque sólo en Alemania encontré financiación para hacer *Fedora* y dijo que esa película sería su venganza.

Si triunfaba sería su venganza contra Hollywood, que le había ignorado. Si salía mal, sería su venganza contra Alemania por el

Por Luis Alemany MADRID

Holocausto», explica Coe. «Yo ya sabía que Wilder era una de las personas más ingeniosas del siglo XX, pero aquel chiste decía algo diferente. El libro trata de explicar cómo se llega a ese punto, a decir algo así». Un resumen: en *El señor Wilder y yo*, la narradora es Calista, una veinteañera ateniense que, por casualidad, conoce a Billy Wilder, le cae en gracia y consigue un puesto de chica para todo en el rodaje de *Fedora*, su penúltima película (1978).

El Wilder al que retrata Calista, por tanto, es un personaje crepuscular, que lleva varios años fracasando en taquilla y no da con la tecla. Si sale a cenar, los desconocidos se le acercan y le hacen reverencia y él les contesta con unas maneras exquisitas que esconden un fondo de ironía. Wilder no quiere ser una vieja gloria. Se pregunta con angustia

qué le gusta a los jóvenes de 1976 como Calista. ¿Tiburón? ¿Taxi driver? ¿Cómo iba a hacer el autor de *El apartamento* una película así? *Taxi driver* le parece buena, sí, pero Wilder sabe que Scorsese, en el fondo, es un turista del horror. Aquellos que saben de verdad lo que es el dolor no hacen películas como *Taxi driver*, sino historias llenas de consuelo y humor.

¿Cómo definir el humor de Wilder? «El humor es siempre el último recurso», explica Coe. «Cuando nos encontramos con un problema que tiene una solución sencilla, hacemos lo que se nos pide y ya está. Sólo cuando damos con un problema verdaderamente doloroso, con algo que no tiene solución, desarrollamos el humor

como un refugio. Ese es el núcleo del humor judío y Billy Wilder también está en esa idea. Wilder intentaba encontrar una manera de vivir con el dolor del Holocausto, con el hecho de que no pudo hacer nada por salvar a su familia».

Por eso, la tristeza y la alegría son habitaciones contiguas. «Eso se nota, sobre todo, a partir de *La vida privada de Sherlock Holmes* [1970]. Ahí cambió su carrera. *La vida privada...* fue su primer fracaso comercial pero, para mí, es un gran paso adelante. Es su primera película en color y tiene un color muy bello. Y es un prodigio por cómo se mueve entre géneros y emociones: es suspense, es comedia, es drama, es melancolía... Las películas que siguieron expresaron

cada vez más ese carácter problemático. No tengo una certeza, pero sospecho que el dolor de Wilder no se limitaba al destino de su familia en los campos de exterminio, sino que expresaba su culpa por no haber hecho lo suficiente. A Wilder le fue bien durante la Guerra... Lo que yo siento en sus últimas películas es una confrontación muy dura con el pasado. Entiendo que la gente prefiera *El apartamento*, *El crepúsculo de los dioses* o *Los caballeros las prefieren rubias*, pero es en su última etapa en la que su voz es más verdadera».

El contrapunto de Wilder en la novela es Iz Diamond, su guionista. Otro judío centroeuropeo llegado a Hollywood, otra persona atormentada que es a la vez

un caballero perfecto, un humorista genial y un enfermo de tristeza. «Diamond era aún más melancólico que Wilder. Y, a la vez, dependía más del humor como una manera de soportar la vida», dice Coe.

Ni Wilder ni Diamond aparecen en la escena más evocadora de *El señor Wilder y yo*. Su protagonista es Calista, que está en París con un pretendiente que desdén a Wilder por viejo. Juntos ven *Taxi driver*. A él le encanta; a ella, a medias. Después, ven una comedia antigua de Lubitsch que deja maravillado al muchacho y le cambia su visión del mundo. «Me gusta Scorsese. Pero me hace gracia pensar que ahora, cuando se queja del cine de Marvel, le pasa lo mismo que a Wilder en 1976».





La penúltima

Borja Cobeaga

CON EL TÍTULO DE *El último baile*, el canal de cine TCM programó hace unos meses los largometrajes finales de grandes directores como Stanley Kubrick, Luis Buñuel o Douglas Sirk. La calidad del ciclo era notable, pues muchos de estos genios no conocieron la decadencia. Y si alguno la vivió en su última película, al menos la penúltima estaba a la altura de sus mejores obras. Mankiewicz acabó su carrera en alto con *La huella*, pero antes dirigió *El día de los tramposos*. La trama de Hitchcock tiene cierto encanto, pero no llega al extraordinario nivel de la anterior, *Frenesí*.

La carrera de Billy Wilder concluyó con lo que se espera que haga a día de hoy un director de comedia español: el *remake* de «la comedia del año en Francia». *Aquí un amigo* (la versión americana de *El embrollón*) le permitió a Wilder volver a contar con Lemmon y Matthau, pero el director-guionista que había parido los que son los mejores guiones originales jamás escritos tuvo que conformarse con adaptar el texto y película de otro para poder volver a dirigir.

En realidad, su testamento cinematográfico fue *Fedora*, la penúltima. Una rareza romántica y *demodé* estrenada al año siguiente de que conociéramos a Darth Vader y el año antes de que un bicho reventara el estómago de John Hurt en

Alien. El habitualmente cínico Wilder realizó en los 70 dos películas nostálgicamente románticas: *Fedora* y *La vida secreta de Sherlock Holmes*. En parte se puede achacar a que la música de ambas está compuesta por Miklós Rózsa, otro superviviente del Hollywood clásico. Pero además había en la mirada de Wilder una nostalgia que a veces se transformaba en rabia hacia el cine moderno. Como dice en *Fedora* el personaje de William Holden: «El negocio ha cambiado. Ahora mandan los jóvenes barbudos. No necesitan guion ni nada, les basta con una cámara al hombro y un zoom».

Borja Cobeaga es director y guionista de cine y televisión.